

1998
JEAN PIERRE FREDERICK

Moisés Villarroel toma vuelo por el costado derecho y mira de reojo el área del rival. Los defensas italianos prevén el tiro y se aprestan en el área grande a no despejarse de los cabeceadores chilenos, quizás Fuentes también sube para ampliar las posibilidades. Entonces Villarroel pateo el balón equilibrándose con el brazo izquierdo y dándole con toda la fuerza del cuerpo, pero con la comba suficiente para que éste baje en el momento correcto. El liviano balón Adidas se eleva y los jugadores intentan adivinar el lugar exacto donde caerá. Corren. Se acercan al área chica. El arquero italiano se inquieta. Todos cuidan a Zamorano, los italianos conocen su fama de cabeceador, Zamorano sabe que conocen su fama, eso le gusta. La pelota empieza a decantar en su trayecto. Algunos saltan, pero antes que el esférico esté a la altura de sus cabezas; va pasado al segundo palo. Rossi está seguro de que despejará el envío. Salta a la italiana: seguro. Tras él, Salas se eleva también. Rossi lo siente en su espalda, se tocan. El chileno contornea su cuerpo, dobla su cuello de manera colosal. Rossi no le da a la pelota y siente en su oreja el testazo de Salas. Salas conecta. Con el parietal izquierdo. Su pelo negro, en contraste con la camiseta roja, siente el golpe y se mueve bruscamente. La pelota obedece al golpe y cambia su trayecto hacia el pórtico, que está a menos de dos metros de la izquierda de los dos jugadores. El arquero italiano salta, es mayor su esfuerzo por elevarse que por desplazarse hacia su derecha. La pelota se dirige al arco pero con demasiada altura, no va directo hacia un punto, más bien es impreciso el lugar por donde entrará en el umbral del arco. Al nivel del horizontal, la pelota comienza a bajar, va en línea paralela con el vertical derecho del pórtico. Parece que el guardapalos la alcanzará a tocar. El balón pasa a centímetros de los dedos del arquero, le huele el olor a goma de sus guantes. El arquero cae y la pelota ingresa. Salas, naturalmente corre hacia un extremo de la cancha: el corner opuesto al extremo donde cabeceó. Los italianos miran el arco, algunos miran a Salas. Los chilenos siguen la dirección del once. Zamorano, ya casi llegando al banderín de la esquina del campo de juego, mira a Salas. Lo mira. Le grita. Lo mira. Zamorano lo mira extraño, le da una palmadita en el hombro y sonrío.

Esa es la historia de la literatura chilena; por cierto, Chile no gana ese partido.

Ese mismo año se publican *Los Detectives Salvajes*.